

MIGUEL HERNÁNDEZ EN AMÉRICA

Por

ELVIO ROMERO

Paraguay

La pólvora y el incendio desbordaban a Europa. La Segunda Guerra Mundial, con su secuela de holocaustos masivos, desolación y muerte, no permitía ver la pequeña celda de un pueblito perdido en la geografía española, donde un poeta, el más joven de su generación, el más gallardo y altivo, agonizaba en un frío mes de marzo. Ningún periódico del mundo publicó noticia alguna sobre su infortunio. El hecho en sí parecía insignificante en comparación al infierno en que vivían las ciudades de Europa, en donde se presentía el fin del mundo por la destrucción del fuego. Varsovia ardía envuelta en llamas; Lídice había sido borrada del mapa terrestre; Stalingrado era una brasa circuida por la nieve. Los seres vivían aterrorizados. Romain Rolland desapareció en la vasta polvareda; Thomas Mann era un fugitivo más de las fronteras teutónicas; Stefan Zweig, el pacifista ilustre, se quitaba la vida en una ardiente montaña del Brasil. La esperanza, la «todopoderosa esperanza» que dijo un poeta, no pasaba de ser más que un resplandor sobre el abismo.

Y nosotros, los americanos, con los ojos atentos a la Resistencia francesa, donde nombres ilustres como Eluard y Aragón nos conmovían con sus cantos, nosotros no olvidábamos, en lo posible, la Guerra de España, porque cientos de hermanos nuestros habían caído en suelo ibérico.

En el Paraguay padecíamos —¡cuándo no!— una Dictadura, entre folklórica y grotesca, que punteaba de terror sus interminables veranos. Eran los años en que se soñaba con mejores mundos; la juventud, con los ideales inherentes a la edad, pensaba en el triunfo de la justicia y en el mágico poder de la poesía. El Paraguay, silencioso, encerrado entre los tentáculos de dos ríos y sumergido en la maraña de las impenetrables selvas, el Paraguay «de fuego» que cantó Rubén Darío, contribuyó a la causa de la república enviando un grupo de hombres valerosos que se incorporaron a las Brigadas Internacionales. Emiliano Paiva Palacios, Perfecto Ibarra, José Aparicio Gutiérrez, Víctor Martínez, entre otros, fueron testigos y partícipes, ya que entonces el corazón de los hombres tenía otro tamaño. ¡Qué caracteres generosos, qué gente aquella! Eran los adelantados de un ideal que no se cumplió, intrépidos caballeros capaces de desafiar mil peligros por alcanzar a la amada distante: la Libertad, esa libertad que Eluard veía en sus pupitres de escolar o en los ojos de una mujer enamorada. Ya les contaré cómo, de vuelta a su tierra, en carne viva la memoria de las cosas que vio, uno de aquellos guerreros, de regreso a casa, trajo en la mochila el libro de un joven oriolano, que él conoció por esas trincheras, de cuyas páginas saltaban chispas que abrasaban el alma.

Ya por entonces, en los años 40, llegaron a América, en oleadas y aladas ondas los españoles «del éxodo y el llanto» que dijo León Felipe, el de la voz destemplada de tanto gritar en el vacío. Desde México al Plata, la enorme extensión americana se iluminó con la luz de la inteligencia peninsular, desde músicos como Falla, pintores como

Seoane y Laseiro, poetas como Alberti, ensayistas como Bergamín; para nombrar sólo a algunos pocos sobresalientes, y evitar omisiones.

Rafael Alberti llega a Buenos Aires en 1939, al final no más de la guerra terrible. Recopila, en un trabajo febril, el romancero que se escribió en los años del holocausto; el lector americano comienza a conocer el nombre de los poetas comprometidos y cuya obra apenas conocía. Emilio Prados, que fue a México, Alexandre, que se quedó en Madrid, Urrutia, Altolaquirre, Miguel Hernández. Éste, que está en una cárcel, fallece el 28 de marzo de 1942.

¿Qué sucede en el mundo por esas fechas? Sucede el horror, sucede la catástrofe. Por tierra caían, despedazadas y quemadas, lo que el hombre levantó con diligencia durante siglos: museos, palacios, torres maravillosas, ciudades enteras por el poder del fuego y el rencor encarnizado. Los campos de concentración resumían la bajeza criminal del racismo, la repugnante discriminación, el odio en su expresión más salvaje. Las ciudades, las aldeas desaparecían sin dar respiro a la presencia del infierno, sin dejar rastros. ¿Cómo fue que esa locura se posesionó del planeta, sin dejarlo descansar, matando a miles de personas como si fueran ratas de albañal atrapadas en un mar de hogueras de petróleo? La vida valía menos que la fracción de un centavo. Y, como contrapartida de esa desolación, ¡qué despliegue de heroísmo! Héroes asombrosos brotaban de la tierra, como verduras de los surcos, ofrendándose al destino, demostrando para toda la eternidad que jamás se consigue exterminar el bien, que siempre triunfa el sentido de la belleza, el seguro instinto de vivir.

En 1945 terminó la matanza. Entre las ruinas la juventud cantaba, los hombres y las mujeres bailaban, sonreían, casi como si nada hubiese sucedido. El sol subía por las colinas. La primavera aparecía de nuevo.

Llegaron, repito, los españoles del éxodo y del llanto. Pero, como en otros tiempos los inmigrantes, no llegaron para rumiarse sus nostalgias, para desdoblarse en un quejido, sino para trabajar por sus ideales o su patria deshecha. Y para sembrar los campos de la imaginación, para revivir la gesta literaria a que les acostumbró sus clásicos. Desde Europa pensaron que llegarían a un páramo inculto, idea muy difundida entre quienes no conocían, o no conocen, Latinoamérica. Ellos, los recién llegados, encontraron un público ansioso y culto, un público potenciado por la ferviente imaginación y que estaban al tanto de todo lo que sucedía, culturalmente, en Europa; es decir, una gente cuya ilustración los llenaría de sorpresas. ¡Ni qué hablar del conocimiento de los clásicos españoles! En ninguna de las bibliotecas americanas faltaba Cervantes, Lope, Calderón, Quevedo, Góngora, poetas y prosistas del Siglo de Oro, es decir, la pulpa vivificante del idioma. Y se conocía también, al dedillo, a los nuevos: Ortega, Machado, Valle Inclán, Baroja, Gómez de la Serna, Juan Ramón; y además se tenía en la memoria y el constante recuerdo a un joven prodigioso, dotado por la magia y la gracia, ese formidable poeta y trágico moderno, Federico García Lorca, cuya muerte, sí, no pasó desapercibida.

Los recién llegados se pusieron a la obra. Mientras rugía y blasfemaba León Felipe en México, con la garganta al rojo vivo, con su «Entre el clavel y la espada», Rafael Alberti, en el sur, conseguía alcanzar el equilibrio y la perfección que lo convertían, prematuramente, en un clásico del idioma. Febril es la actividad de esos hombres. Fundan periódicos, revistas, organizan editoriales, publican todo lo relativo a la guerra civil, confían desesperadamente en un retorno próximo. Dan a luz sus recuerdos. Reflexionan sobre el porvenir de España.

Les hablé ya de Víctor Martínez, un paraguayo enrolado en las Brigadas Internacionales. Había conocido a Alberti, a María Teresa León, a Miguel Hernández. Cuando recaló en Asunción, de vuelta del infierno, nos conocimos. Era yo un muchacho desgredado y pálido, poseído por la fiebre de la política y la fiebre de la poesía. Me regaló volanderas hojas de las trincheras y, una reliquia que guardo con afecto amoroso, un ejemplar del «Perito en Lunas» de Miguel Hernández, editado en Murcia, en 1933.

En 1946, se reúnen en Buenos Aires, al calor de la amistad de Alberti, Pablo Neruda, Nicolás Guillén, León Felipe, y ofrecen juntos memorables lecturas de sus poemas. Anda entre ellos un poeta ejemplar, Raúl González Tuñón, que asistió también al congreso de intelectuales de Valencia y que ejerció una fuerte influencia ideológica sobre el joven Hernández. Éste le dedicó un hermosísimo soneto, que luego aquel recogió como testimonio en una de sus Antologías, en el año 1950.

Raúl, si el cielo azul se constelara
sobre sus cinco cielos de raúles,
a la revolución sus cinco azules
como cinco banderas desplegara.

Y así seguía, con un entrañable acento que denunciaba la gran amistad entre ambos.

Por esos años, en 1947, se inquietaron las aguas en el Paraguay. Dos bandos violentos, también con intención y propósitos definidos, desataron en nuestro país un vendaval de odio que se tradujo en sangrientos enfrentamientos. Una guerra civil, tan insensata como feroz, transformó en hoguera esa tierra de maíces y naranjales. Quien les habla, participó en esa contienda y escribió versos de prosapia guerrera. El Romancero español inspiró gran parte de esas canciones y también, naturalmente, Alberti, Prados, Miguel Hernández.

En Europa dejaron de bramar los cañones. Se hizo un inventario de los desaparecidos, de los que fueron devorados por el humo. Y entre los hombres que se barajaron surgió nítido y esplendente el del poeta soldado que falleció —reitero— un 28 de marzo por estas tierras.

Algunos, en nuestro continente, rememoraron los romances de la guerra firmados por él; una memoria más ilustrada lo sabía autor de unos admirables sonetos de amor; pero en general se le conocía poco. Poco y nada. El régimen franquista, aquí en España, no dio tampoco ocasión a la exaltación de su figura.

En 1947, derrotado en el Paraguay nuestro intento liberador, llegamos a la Argentina. Su capital, Buenos Aires, era un hervidero de actividades culturales. Neruda, León Felipe, Nicolás Guillén, Alberti, Juan Ramón Jiménez, Raúl González Tuñón, y otros dieron recitales memorables en la ciudad, donde también vivían dos españoles que daban que hablar; Gómez de la Serna, creador caudaloso y renovador, y Alejandro Casona, que estrenaba sus piezas definitivas.

En casa de Rafael Alberti, en la piecita de los fondos donde él escribía, leí, sobre-cogido, la última carta de Miguel Hernández a Pablo Neruda, de puño y letra del poeta, y en tinta negra y todavía bien legible. Esa carta estaba fechada el 23 de junio de 1939 decía, en sus primeros párrafos: «Querido Pablo: tal vez por Juvencio y por el Embajador de tu país en Madrid, donde me encuentro detenido varios meses, sabrás de mí y en qué situación estoy. Es de absoluta necesidad que hagas todo cuanto esté en tus manos por conseguir mi salida de España y el arribo a tu tierra en el más breve espacio de tiempo posible». Y seguía explayándose el poeta sobre sus intenciones de salir con rapidez hacia América. «Te necesito como nunca», concluía.

La Editorial Lautaro, por sugerencia de Nicolás Guillén, que a la sazón vivía en la capital porteña, inauguró su colección de poesía «El pan y la Estrella» con un libro mío, presentado con un retrato poemático de Rafael Alberti, que significó un espaldarazo definitivo. Se incorporó en el catálogo a Langton Hughes, Nazim Hikmet, Paul Eluard, González Tuñón, José Portogalo, Nicolás Vaptzarov y otros. Y a mí me encargaron un prólogo para la edición americana de «Viento del Pueblo» de Miguel Hernández. El éxito fue abrumador, rotundo. Miles de lectores se pusieron en contacto con las vibraciones de esa poesía y pronto, a raíz de ese éxito, me encontré preparando el «Cancionero y Romancero de Ausencias», su poemario más entrañable.

«Este libro –escribí entonces– es su gran tentativa por averiguar, con sentir profundo, en los robustos enigmas que le quemaban los ojos; habla desde abajo, desde el arrullo primigenio, desde donde asciende todo lo demás, todo, tanto la vida como la muerte» y eso, «cuando se ceñía ya la hopalanda de niebla en trance de sudario».

Yo conocía ya a quienes lo trataron: María Teresa León, Alberti, Casona, Neruda, Guillén, González Tuñón, y un poeta argentino Cordov Iturburu, Arturo Cuadrado, y otros y tomé notas de lo que ellos sabían de nuestro poeta. No tenían yo ninguna idea de escribir un libro sobre el poeta. Pero he aquí que Don Gonzalo Losada, el gran editor del momento y leal amigo de todos, me propuso preparar las Obras Completas de Hernández. Yo, que vivía en Brasil, de paso por Buenos Aires, recibí su propuesta para preparar el volumen. Y para hacerlo, tuve que seguir, momento a momento, los instantes de su vida en que nacieron aquellos versos.

Así, despreocupadamente, y como una actividad colateral, pergeñé una biografía lírica del formidable creador.

Tengo que aclarar que no he tenido la más mínima intención crítica al escribir ese libro. Me dejé llevar por la admiración juvenil hacia ese fuego arrebatado que era Miguel. Nada más lejos de mi temperamento que la posesión de esa frialdad de análisis con que abordan ellos la obra de un creador. Yo simplemente cogí una brasa encendida y traté de adivinar la dirección de su llamarada. Espero que esta confesión exima a ese libro adolescente de un trato severo y exigente.

Una confesión que ponga fin a esta exposición. El año pasado, estando en Madrid, un ilustre estudioso me interpeló, con espantable seriedad, para mi sorpresa, sobre la procedencia de aquellos versos admirables:

«Adiós hermanos, camaradas, amigos,
¡Despedidme del sol y de los trigos!».

que el poeta habría escrito en su celda de agonizante. Me aseguró el crítico que esos versos no existieron jamás. «No lo sé», le respondí. Y, efectivamente, no lo sabía. Más de treinta y cinco años transcurrieron desde aquellos tiempos que yo había revisado los ciento, los miles de artículos de los emigrados españoles sobre Miguel Hernández. Muchos de esos artículos habrían sido productos de la fiebre del exilio, de la alucinación, de la imaginación desbordada. Alguien debió transcribir esos versos. De alguno de esos papeles saltó a los míos. No puedo ahora afirmar si son o no son del poeta. Además, jamás visité los sitios por donde vivió y padeció.

Lo que sí sé es que volvería a afirmar que fueron sus últimos versos. Porque hay aquí una sola e incontestable verdad. No sé si fue Miguel Hernández quien los escribiera; pero aquel que los haya escrito, debió sentir, en el momento misterioso de su gestación, que Miguel le dictaba al oído esos versos finales, tan absolutamente herodianos que sólo un erudito, admirable por cierto, pudo no haber percibido ese aliento

dramático y patético, siguiendo una pista que jamás se encontrará. Yo prefiero que todos los adolescentes del mundo se estremezcan con esos versos, más allá de que sean apócrifos o verdaderos, que tienen el acento varonil de un toro herido en plaza abierta:

«Adiós hermanos, camaradas, amigos:
¡Despedidme del sol y de los trigos!».

Nada más.